

N.º 46

25 cts

EL REY DE JAUJA

por Reginald Denny



BIBLIOTECA EMOCIÓN

PUBLICACION SEMANAL

BIBLIOTECA EMOCION

EL REY DE JAUJA

Supercomedia inspirada en la comedia de Will B. Johnstone
y W. R. Anderson, e interpretada por el magistral actor

Reginald Denny

Versión literaria de
CRISPULO GOTARREDONA

Exclusivas Universal Hispano American Films, S. A.
Calle Valencia, 233. - Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
París, 204 - BARCELONA

Estrenada a la temporada 1927-28

EL REY DE JAUA

REPARTO:

<i>Tomás Eggett</i> . . .	Reginald Denny
<i>Gracia Gordon</i> . . .	Blanche Mchaffey
<i>Quino</i>	Ben Hendricks
<i>Goro</i>	Lee Moran
<i>Cirilo Crabb.</i> . . .	Lucien Littlefield

Angelina Forsythe, novia de Tomás Eggett no era interesada, pero sólo la conmovía este piropo: "¡Ay, qué rica!"

La mamá de Angelina estaba dispuesta a ejercer el calumniado oficio de suegra, pero a condición de que los yernos fuesen de oro.

Y a Tomás Eggett hubiérasele podido considerar un buen partido si los 50.000 dólares que le dejara su tío Eustaquio no se los hubiese comido la suerte perra.

Tomás estaba de mal humor. Había apostado los 20 últimos dólares de la herencia de tío Eustaquio a favor de "Té con pastas", un caballo más corredor que el viento y había perdido.

¿Hay vicio más odioso que el juego... cuando no se gana? — exclamó filosóficamente.

Cuando concluyó la carrera se despidió de su novia inventando un pretexto y fué a reunirse con sus camaradas, los cuales confiaban en él para poder regresar en auto a la población.

Para Quino y Goro, cuyos eran los nombres que se gastaban los íntimos y compañeros de fatigas de Tomás, la ruleta, los caballitos y los caballos, no eran cosas de juego.

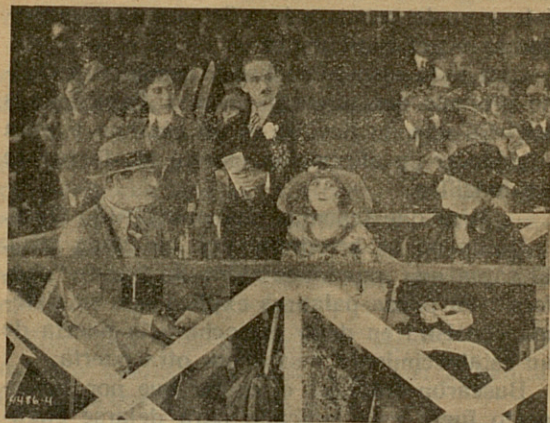
Tomás se reunió con ellos a la salida del Hipódromo.

—Va jugado el resto de la herencia del tío Eustaquio... — murmuró.

—Nada, que la desgracia nos persigue — pruralizó Goro que, como se vé tomaba parte activa en las vicisitudes de su amigo.

—Se perdió por cuestión de unos gramos — explicó Tomás —. ¡Acabo de saber que el "jockey" de "Té con pastas" llevaba camiseta de invierno.

—¡Qué sinvergüenza! ¡Qué tío más fresco! — opinó Quino, el cual, hasta aquel instante había permanecido en silencio contemplando melancólicamente como los "autos" iban desfilando de regreso a Nueva York.



...había apostado los 20 últimos dólares...

—Además, — añadió Tomás — mi novia me ha dicho antes de la carrera que no volviése más por su casa... se ha enterado que estoy arruinado y ¡claro! la pobre se habrá disgustado!

—¡Pues si que "estamos" de pega! — dijo Goro.

—Oye, tú... que eso de mi novia es un asunto personal... estrictamente personal — advirtió Tomás.

—Pero me disgusta que te mande a paseo ahora que te vé sin un triste centavo... Ya ves;

éste y yo te somos más adictos y te acompañamos en el sentimiento.

Casi todo el público había desfilado y Quiño propuso que tomaran un taxi. Pero Tomás advirtió que no llevaba ni un céntimo y para robustecer su afirmación mostró los forros de los bolsillos.

—¡Mira que tenemos una pata!—dijo Goro.

Quiño no se arredreba por tan poca cosa. El sabía una manera infalible de burlar "chófers"; en pocas palabras explicó que su sistema consistía en dejar el coche a la puerta de un establecimiento y salir por otra puerta.

Buscaron entonces el chófer que por su aspecto fuese más indicado para dejarse engañar, y llamaron a uno, pero resultó que... ya lo conocía.

Como no era cosa de volverse atrás los tres amigos montaron en el auto.

—¿Adónde vamos?—preguntó ásperamente

—Si a usted no le molesta, amable chófer, iremos a casa...

II

Claro que el pobre Tomás no estaría sin blanca si el tío Eustaquio le hubiese hecho heredero de los Grandes Almacenes Eggett que

abrían sus cuarenta puertas en cuatro grandes vías neoyorquina.

Pero esta breva le había caído, al parecer, a Cirilo Crabb, un viejo empleado, antiguo administrador del establecimiento.

En su despacho tenía a Elia Abbott, que pertenecía al género de secretarías que nunca meriendan con los hombres... porque ellos no las invitan, y a Gracia Gordon, dactilógrafa del género de mujeres a quienes siempre invitan a merendar los hombres; siempre que pueden.

Elia resistía el carácter del viejo y malhumorado Crabb, y Gracia tenía que aguantar las impertinencias de los dos.

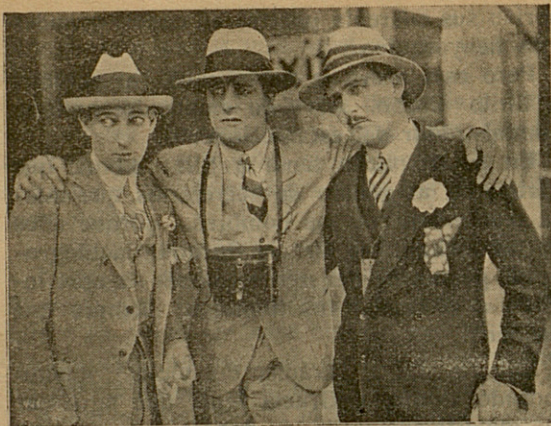
—Tomás Eggett no ha pagado ni un céntimo de su factura de muebles. Denúncielo al juez para que se los retiren inmediatamente—ordenó el administrador a la secretaria, y ésta, a su vez, transmitió la orden a Gracia:

—Usted, señorita Gordon, irá con esta lista para que no quede por recoger ni un solo mueble.

—¡Es un vergüenza quitar muebles al sobriño del hombre que hizo estos grandiosos almacenes!—exclamó Gracia a quien le dolían las continuas desgracias de Tomás Eggett.

—¿Y si usted no se metiera en lo que no le importa?—dijo la secretaria como reproche.

Mientras los Grandes Almacenes Eggett, por disposición de su administrador, disponían la



Tomás se reunió con ellos...

incautación de sus muebles, Tomás hallaba la manera de poder pagar al "chófer".

—Tengo un par de óleos que son un primor. Con lo que nos den por ellos, sobra para pagar al "chófer".

Paró el chófer frente a su casa, un magnífico edificio de habitaciones para solteros y vieron el montón de muebles.

—El juez, tan piadoso como siempre, está dejando sin ajuar a algún pobre diablo — observó Tomás, y descendiendo del coche, le di-

jo al chófer — ¿Tendrá usted la bondad de esperar un momento?

El chófer soltó una ruidosa carcajada, áspera como el ruido de un "claxón".

—¡Cá, no os iréis todos, pájaros! ¡Necesito uno de prenda!

—¡Quédate tu, Quino, que eres el pájaro más gordo! — propuso Tomás.

Y mientras Quino cumplía su papel de "prenda" humana, Tomás y Goro se enteraban con el consiguiente estupor que los Grandes Almacenes Eggett hacían limpieza en su piso.

Para pagar al "chófer" no le quedaba a Tomás más que un recurso: empeñar los prismáticos que, afortunadamente, se había llevado a las carreras y traía encima.

—¡Falta un par de gemelos de campaña, número mil seiscientos cincuenta y nueve!

Tomás entregó los gemelos y murmuró al oído de Goro.

—¡Vámonos de aquí!! ¡Estoy viendo que me van a quitar hasta la camisa!

—Pero ¿y el chófer? — interrogó Goro.

Iban a marcharse cuando apareció Gloria, brazo ejecutor — lindo e inconsciente — de la disposición del terrible Crabb.

Tomás aún tuvo fuerzas para extraer una sonrisa del fondo de su alma y la dedicó a la joven que sonriente habíase parado ante ellos.

—Yo he visto a usted antes de ahora y hasta creo que hemos sido amigos...

Gloria se ruborizó y dijo:

—Me falta una cosa, señor Eggett, un anillo de diamantes.

—¿Qué muchacha no diría lo mismo? — comentó Tomás, mientras se desprendía del anillo y lo depositaba en la mano de la joven.

—En la misión de poner a la gente en la calle, debe haber un gran encanto, ¿no es cierto? — añadió Tomás.

—Mi misión no es ésta, señor Eggett. Esto es accidental... y lo hago bien a pesar mío.

—Si ha de ser usted la ejecutora, que me desamueblen todos los días — exclamó Tomás entusiasmado por la simpatía de Gloria.

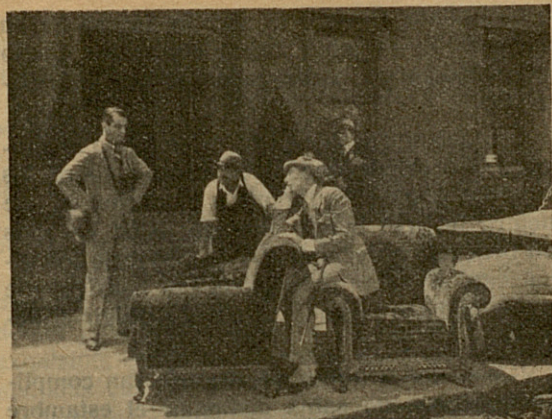
Era tan espléndido Tomás que no quiso consentir que Gloria regresase a pie a los Almacenes, y le puso el taxi a su disposición, ordenando al chófer que la acompañase y volviese para cobrar.

—¡Si intentáis volar, pollos, os rompo una ala! — advirtió el chófer.

Aunque Tomás no tuviese muebles consideraba que entre tanto no se cumplieran las formalidades del deshaucio que estaba transmitiendo el casero, aquello era su casa.

Pero a Tomás le aguardaba una sorpresa, en forma de un abogado que se presentó mientras los tres compañeros aguardaban el regreso del chófer, para darle esta noticia que casi le trastornó el juicio:

—Vengo a traerle una fortuna.



...se enteraban con el consiguiente estufor...

III

Mientras los tres amigos contenían hasta la respiración, pendientes de las palabras del recién llegado, éste habló así:

—Su tío dejó a usted cincuenta mil dólares para que habituándose a gastar adquiriese el afán de ganarlo.

—En lo de gastar, nos hemos portado como unos hombrécitos—indicó Goro.

—¡Cállate, Goro, o te abro la cabeza de un silletazo! — exclamó Tomás sin pensar que lo del silletazo no podía pasar de ser un enfermismo.

—El testamento de su tío — continuó el abogado — previene que usted herede ahora los Grandes Almacenes Eggett, a condición de que dentro de tres meses obtenga usted en ellos un beneficio apreciable. De lo contrario los almacenes no serán para usted. Por consiguiente desde mañana mismo, va usted a dirigir el negocio.

¿Cómo iba a dirigir un negocio tan complicado, él que no sabía distinguir el estambre de la mezcla de lanilla? Pero, ¿qué iba a hacer si el hambre llamaba a las puertas de su casa y el chófer también iba a llamar de un momento a otro?

Aceptó, desde luego y empezó su actuación pidiendo al abogado un pequeño anticipo, a cuenta de la caja de los Almacenes.

Cuando se hubo marchado el abogado, los tres compañeros dieron una suelta a su entusiasmo.

¡Estamos salvados! — gritaba Goro.

—¡Viva el benemérito Eustaquio Eggett! — exclamaba Quino.

—Tu, Goro — dijo Tomás adoptando la seriedad que requería su cargo de director — serás detective del Almacén, con cien dólares semanales, y tu Quino, con tu gran pericia fi-

nanciera, rebajarás los gastos, empezando por el sueldo de Goro.

—¿Y cuando comeremos caliente, Tomás? — preguntó Goro.

—¿Y dónde reposarán nuestras fatigadas cabezas, Tomás? — añadió Quino.

—¡Qué preguntas! ¿No hay secciones de todo en mis grandes almacenes? — dijo Tomás.

Y tal como lo había dispuesto el nuevo propietario, pasaron la noche en los almacenes, donde pudieron surtirse de todo: desde unas exquisitas cenas de fiambres, en el bar, hasta mullidas camas.

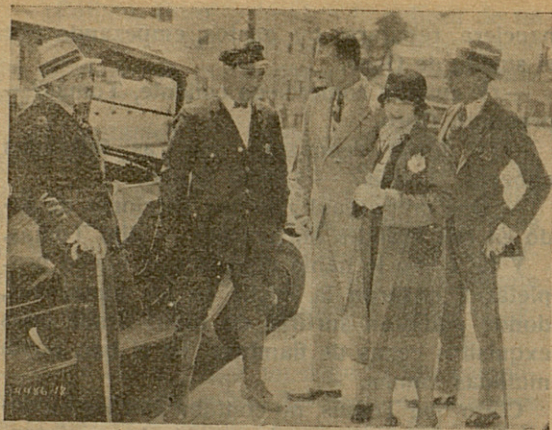
Claro que Tomás, no contaba con los inconvenientes que a veces tuercen la buena intención de las cosas humanas.

Aunque había dispuesto que Goro se levantara a las ocho de la mañana para hacer la primera inspección, Goro se durmió.

El "cuarto" que había elegido para pasar la noche era un magnífico escaparate de la sección de muebles, que recaía a una de las más transitadas vías de la ciudad.

Dieron las ocho, las ocho y media...

Cada empleado estaba incorporado en su sección correspondiente preparados para recibir una verdadera invasión de compradores que permanecían estacionados en la calle, atraídos por millares de anuncios que pregonaban por todo Nueva York, una rebaja de precios fabulosa.



—*¡Si intentais volar, pollos, ós rompo un ala!*

Aquello era una maniobra de Crabb.

—He tenido una verdadera inspiración al poner todos los artículos más bajos que su precio de costo. Así echo fuera a Tomás Eggett —decía el administrador a su secretaria, mientras se frotaba las manos de gusto.

—No comprendo lo que usted se propone— dijo la secretaria envolviendo al señor Crabb con una mirada que quería ser cariñosa, sin conseguirlo del todo.

Entonces Crabb puso ante sus ojos una copia del testamento del fallecido Eggett, donde

disponía que si Tomás Eggett no lograba una ganancia, el negocio pasará a ser exclusiva propiedad de Cirilo Crabb, su administrador general.

Elia Abbot, la secretaria, quedó maravillada conveniencia de despedir a la dactilógrafa por del prodigioso talento de su jefe y expresó la el temor de que fuera el día de mañana una aliada de Eggett, deseo que pronto fué atendido aprovechando una leve falta de la muchacha.

Así podemos “trabajar” mejor — declaró la secretaria.

En aquel momento empezaron a oírse voces de que habían entrado ladrones, y todo eran carreras y atropellos.

Lo ocurrido era que al levantarse los transparentes de los escaparates había ocurrido una escena muy chusca.

El público estacionado ante uno de ellos, admirábase de unos magníficos maniqués que vestían pyjamas de seda y accionaban como si fueran hombres de carne y hueso.

De pronto los maniqués se escurrieron por la puertecilla del escaparate y empezaron a correr como locos, por todas las secciones sembrando el miedo y la consternación. Entonces fué cuando se dieron los gritos de alarma.

Como el lector habrá comprendido, los tres maniqués no eran otros que nuestros amigos Tomás Eggett, Goro y Quino, los cuales, poco

después, hacían su aparición en el despacho de Crabb ostentando elegantísimos chaqués... con las etiquetas cosidas en las solapas y fal-dones.

Mientras un botones avisaba al señor Crabb, los tres amigos quedaron solos ante el retrato del fundador de la casa.

—Mi tío Eustaquio — indicó Tomás.

—¡Ampara tu nuestra independecia! — ¡sé nuestro Lafayette! — suplicó Goro.

En aquel momento se presentó Crabb.

—Dígame en qué puedo serle útil, caballero.

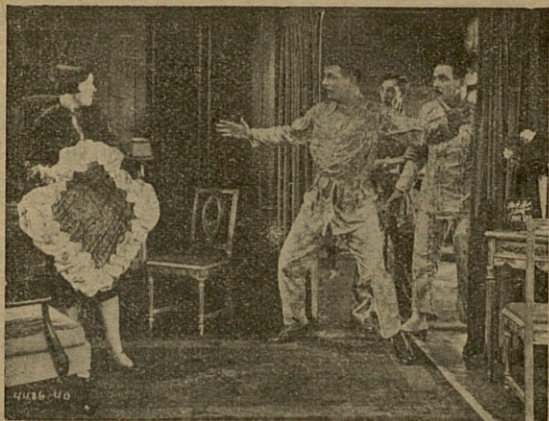
—Este joven es el señor Tomás Eggett — indicó Quino.

Crabb hizo una reverencia y sus ojos tropezaron con la figura de Gloria cuyos ojos contemplaban a Tomás con extrañeza.

—¿No la despedí a usted? ¡Qué no la vuelva a ver más por aquí! — le dijo Crabb.

Mas Tomás avanzó unos pasos y encarándose con el señor Crabb, le dijo:

—Le advierto, señor, que yo no consiento que se trate así a mí... a mí... secretaria particular.



...los maniquies se escurrieron por la puer-tecilla...

IV

A partir de aquel momento el nuevo director empezó a disponer cosas... absurdas naturalmente, Dios no le había llamado por aquel camino.

—Deseo dictarle una carta — ordenó a Gloria.

La joven se dispuso a taquigrafiar pero To-

más no sabía dictar teniendo una joven tan guapa delante y la miraba embelesado.

—Muy señor mío — indicó al cabo, pero en seguida rectificó — no, no es eso. Bórralo. Mi querida Angelina: un asunto importante me impide ir a verte esta noche... Firmaré yo.

Gloria copió el escrito y se lo llevó a la firma.

—¿En qué sección archivo esta carta?— preguntó.

—¡En la de faldas! ¿No es para una mujer?— respondió Tomás sin vacilar.

La invasión de clientes era extraordinaria. El reclamo de Crabb había cundido efectos maravillosos y la dependencia no daba abasto. El mismo director tuvo que ponerse a despachar detrás de un mostrador en la sección de camisería. Las señoras le abordaban.

—¿No hay error en el precio de esta camisa, joven? — dijo una matrona enseñándole una en cuya etiqueta marcaba un precio de un dolar y medio.

—No, señora, no hay error — y en vista de que se marchaba, añadió, —. Le advierto, señora, que el precio se entiende... por docenas.

—¡Pues póngame nueve docenas!—se apresuró a decir la dama pensando que el dependiente estaba loco y que debía aprovechar la ganga.

¡Qué activo director era Tomás! Atendíalo

todo. Despachaba rápidamente a la parroquia. Incluso encontró un chico... un chico que había perdido una clienta, que al comprobar que no figuraba en el inventario, lo entregó a Goro, diciéndole:

—Lleva esto a la sección de lo perdido y encontrado.

Claro está que sus compañeros no fueron menos y se excedieron en los deberes de su cargo. A mediodía, Goro se presentó en el despacho, llevando de la mano a una señorita que ofrecía la particularidad de ostentar un gran bulto en el vientre.

—Hace varios meses que esta señorita viene cometiendo raterías en esta casa.

Tomás adoptó un aire de seriedad y examinó a la dama.

—¿Y cómo sabes tú que hace meses? — preguntó a Goro.

—¡Fijate en el bulto! — replicó Goro.

Tomás no era excesivamente severo y mucho menos con las mujeres, así es que después de reconvenirla con cariñosas palabras la perdonó.

—Prométame no reincidir... y llévase esto si ya le había tomado cariño.

La "descuidera" le quedó grandemente reconocida y se marchó encantada de la amabilidad del director.

A la una se reunieron en el despacho él y sus compañeros para cambiar impresiones. Gloria



—Firmaré yo...

también estaba presente. Tomás estaba indignado y paseaba por el despacho dando muestras de nerviosidad.

—¿Es justo lo que hace Crabb? ¿Cerrar cuando se está vendiendo tanto?

Gloria quiso intervenir.

—Ustedes no se lo explicarán, pero cuanto más se tarde en cerrar, más dinero se pierde.

No; no se lo explicaban y los tres permanecieron unos minutos exprimiéndose los sesos.

—La razón de esto — dijo al cabo Goro —

es que los dependientes no pueden ya con sus pies.

—Pues a partir de mañana, que les pongan patines — ordenó Tomás.

—Hay otra razón — apuntó Quino — y es que las dependientas visten como para un duelo.

—Que la sección de confecciones les den trajes bonitos y alegres. Y nada más por hoy. Vosotros podéis marcharos.

Obedecieron Quino y Goro. Entonces Gloria vió la ocasión para explicar a Tomás la verdad de lo que ocurría, pero cuando iba a empezar, el gerente la atajó con estas palabras:

—¿Cree usted que un despacho es el sitio adecuado para hablar de negocios? Yo siempre los trato durante la merienda...

Y la merienda fué gratisima para los corazones. Es inútil decir que en su transcurso no se hablo para nada de negocios...

V

La señorita Angelina Forsythe estaba disgustadísima con su novio. Durante cuatro días seguidos no había parecido por su casa y decidió ir a verle.

En la antesala del despacho habló con Goro y éste le dió a entender que el corazón de Tomás latía por Gloria. Entonces se presentó a ésta y le pintó la pasión que sentía por Tomás con tan téticos colores, que la mecanógrafa se compadeció de ella y a la primera ocasión que tuvo le dijo a Tomás que no quería interponerse entre él y Angelina.

—Usted no renunciará a mí, Gracia, porque yo no podría vivir sin su amor — declaró él resueltamente.

—¿Y que va usted a hacer de la otra?

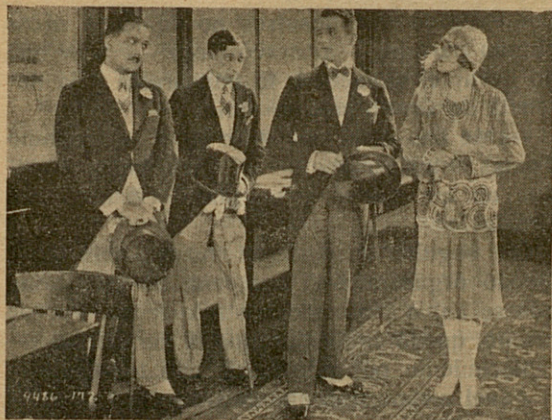
—Decirle que amo a usted y no piense más en mi dinero.

—Pero ella tiene la promesa de usted...

—¡Bah! Palabras... Usted, Gracia, vale más que Angelita y mi almacén juntos — exclamó Tomás entusiasmado—. Ella me dejó cuando me creía pobre — añadió — y me volvería a dejar si perdiera el almacén.

—Pero si es que usted no debe perder el almacén... todos deseamos que usted triunfe; he intentado varias veces decirle a usted una cosa... Y ya no puedo callar más.

Gloria refirió que el día de su nombramiento había escuchado la conversación de Crabb con su secretaria de que ya tienen conocimiento los lectores. Además, indicó que el desbarajuste con los precios y la extraordinaria propaganda, era para precipitar su ruína, con ob-



—Perdió usted, ¿verdad?

jeto de incautarse del almacén, conforme prescribía el testamento de su tío.

Entonces Tomás empezó a ver claro.

—Prométeme no dejarme, Gracia. Hace usted falta en mi corazón y en mi almacén...

Tomás conferenció con sus camaradas.

—Tenemos que luchar con un estafador. ¡Hoy se ha cerrado la venta con una pérdida considerable!

—Descuida. Tomás, yo me encargaré de vigilar al tío ése—prometió Goro.

—Es que la cosa no tiene remedio. Las pérdidas son irremediables... — indicó Tomás.

—Pues ya que nosotros no vamos a sacar ningún partido, — observó Goro —. ¿Por qué no llevar el almacén a la bancarrota y la herencia de Crabb será un mito?

—¡Me has dado una gran idea! — exclamó Tomás entusiasmado —. Si quebramos, Angelina no me querrá y yo podré casarme con Gracia!

En seguida se pusieron manos a la obra. Quedó organizada la campaña de publicidad que se había realizado hasta la fecha. Por de pronto, quedó convenido que se cerraría el establecimiento por reformarlo con todo lujo.

Aquel mismo día, aparecieron unos grandes lienzos murales, ocupando las fachadas del establecimiento, que decían:

CERRADO POR REFORMAS

—Todos los empleados seguirán con el sueldo completo durante este período — anunció Tomás al personal.

En la reforma se invirtieron miles y miles de dólares, y días antes de la reapertura, todo Nueva York pudo leer en periódicos, vallas, luminosos y demás vehículos de propaganda, unos anuncios participando que los Grandes Almacenes Eggett, presentarían un millón de dólares en modelos elegantes, que aparecerían más con satisfacción —. Mañana daremos tres en una fastuosa exhibición teatral.

—Felicitémonos, amigos — expresaba Tomás con satisfacción —. Mañana seremos tres venturosos fracasados y Crabb herederá un almacén fracasado por todo caudal.

El único que no se conformaba del todo era Crabb que adivinando el juego de su rival, quiso formular una denuncia y el día de la inauguración se presentó con el juez.

Los Grandes Almacenes Eggett presentaban magnífico golpe de vista. El éxito de la publicidad excedía a toda ponderación y en unas cuantas horas, desfiló todo Nueva York, arrebatando los géneros de manos de los vendedores que no podían dar abasto.

Tomás había dado plenos poderes a Gloria para que dispusiera a su antojo y ésta había aumentado los precios considerablemente, pero el público, sugestionado por el anuncio, seguía comprando.

La gran exhibición de modelos, fué otro éxito ruidoso. Ni un solo vestido quedó por vender y la sala de confecciones recibió la cifra de 14.674 encargos, en un solo día.

Crabb se llevaba las manos a la cabeza creyendo volverse loco.

—¿Dónde está Eggett? He de entregarle un requerimiento judicial. ¡Voy a mandarle a presidio! — chillaba de sección en sección.

Mas no se pudo dar con Tomás. Sus camaradas le advirtieron del peligro que se cernía cerca de él, y pudo escapar habilmente, ora



...se daban el gusto de despedir...

escondiéndose en el tocador de las modelos, ora disfrazándose de mujer y saliendo a exhibir preciosos modelos como un figurín.

Crabb se desmayó y no volvió en sí hasta el día de ajustar cuentas.

Se reunieron en el despacho de Tomás los peritos, el notario y los respectivos abogados y después del balance se notificó a Tomás que gracias a la ingeniosa campaña de publicidad había logrado una ganancia fabulosa, pero, no obstante aún quedaba un déficit, a favor de Crabb, de 5.002 dólares con 38 céntavos.

—¡Y nosotros que pensábamos dejar a

Crabb un comercio en quiebra! — comentaba Goro, momentos después celebrando junta privada, a la que también asistió Gloria.

—¡Así es la vida! Nuestras iniciativas para arruinarnos, trajeron tantos negocios que casi enjugamos la pérdida ocasionada por Crabb. ¡Y es que tenemos un talento comercial enorme! — dijo Tomás con jactancia.

—Perdió usted... ¿verdad? — dijo Gloria que hasta entonces ignoraba el resultado del balance.

—Sí, pero he ganado otra cosa — y le acarició las mejillas —. He perdido por la friolera de cinco mil dólares... — añadió.

Entonces Gloria observó que Tomás ostentaba la magnífica sortija de que un día se incautara, y que Tomás había recuperado.

—¡Como! ¡Este anillo vale tres mil dólares y está incluido en sus pérdidas! — exclamó la joven — ¡Todavía es posible salvarse! ¡Haga un esfuerzo y puede reunir los dos mil dólares que le faltan!

¡Pobre Tomás! ¿Qué esfuerzo iba a hacer? Todas las puertas estaban cerradas para él...

En aquel momento se presentaba un individuo que a todo trance deseaba hablar con el señor Eggett, y ante las reiteradas negativas del portero, él insistía más:

—¡Si es para entregarle un cheque!

—Es imposible. Está celebrando una importante conferencia y no podría atenderle.

Entre tanto, Tomás había vaciado su cartera y sólo tenía unos quinientos dólares.

Entonces Goro extrajo un fajo de billetes y lo arrojó sobre la mesa.

—La caja registradora de la sección de nuevos tenía una avería y la verdad si uno no mira por si mismo...

—Yo también hallé una avería en la registradora de la sección de corchetes y broches, y... comprendiendo... el porvenir... la perspectiva de morirse de hambre... — dijo Quino depositando en el montón otro fajo de billetes.

—¡Todavía nos faltan quinientos dólares!— dijo Tomás después de contar el total.

Estaban desesperados. Por una miseria, iban a perder unos millones. Tomás paseaba arriba y abajo como un león enjaulado; Goro se golpeaba la cabeza contra la pared y Quino, salió al pasillo a respirar un poco de aire puro.

Allí se le acercó el individuo que momentos antes pretendiera entrevistarse con Tomás.

—¿Sabe usted si el señor Eggett querrá recibirme? — preguntó tímidamente —. Vengo para...

Quino le lanzó una mirada fulminante.

—¡El señor Eggett querrá que se vaya usted al diablo!—respondió y dando media vuelta le dió a él con la puerta en las narices.

Mas el desconocido era tenaz y entró tras él. ¡Allí estaba el señor Eggett!

—Vengo a decirle, señor Eggett que mi hija es una atacada de eleptomanía y roba todo cuando halla a su alcance — empezó diciendo.

—¿Y viene usted a envanecerse de esta vergüenza? — murmuró Tomás mirándole de pies a cabeza.

—Es que ella ha robado durante varios meses en este almacén — prosiguió el desconocido — y yo no me voy sin darle a usted un cheque que le indemnice. Comprende usted...

Todos se quedaron estupefactos, y el desconocido también al ver el prodigioso cambio que se operó en aquellos momentos.

—¿Por cuánto? ¡Hable! ¡Hable! — suplicó Tomás, anhelante.

—¿Le parece bien que pongamos... mil dólares?

Ante el asombro del desconocido, los compañeros empezaron a saltar poseídos de frenética alegría, clamando a grandes voces.

—¡Nos ha salvado! ¡Nos ha salvado!

Mas hubo un momento de inquietud, que casi fué de mortal zozobra para Tomás y los suyos: ¡El padre de la cleptómana no encontraba el cheque!!!

—¿Dónde estará? — decía buscando por los

bolsillos — ¿A ver si mi hija me lo ha quitado!

Los tres camaradas se le echaron encima, le destrozaron la ropa, le rasgaron todos los bolsillos, le sacaron las prendas, una a una hasta casi dejarlo en cueros... y el cheque no aparecía.

—¡Ah, ya recuerdo...! — gimió la desventurada víctima que yacía en el suelo, casi sin sentido, recobrando la memoria —. El cheque está... está...

—¿Dónde...?

—Me muero... — gimió el pobre.

—¡Muérase pero antes díganos donde está este maldito cheque! — exclamó Tomás.

—¡En el sombrero...entre la badana...

Lanzarse Tomás sobre el sombrero, sacar el cheque, coger el dinero de encima la mesa y lanzarse en el despacho contiguo donde aún estaban los peritos comprobando, fué cosa de un segundo. Lo arrojó todo sobre la mesa y dijo triunfalmente.

—¡Miren ustedes esto y cumplan la voluntad de tío Eustaquio!

—Señor Crabb — decía el abogado minutos después o al antiguo administrador —. El señor Eggett ha podido cubrir los beneficios y ha ganado el almacén.

Minutos después, Tomás y Gloria se daban

el gusto de despedir al tramposo administrador y su secretaria.

Y al quedar solos — solos y dichosos — se confundieron en un abrazo.

FIN

ORATORIA EN VERSO

PARA BANQUETES
BODAS Y BAUTIZOS

DEDICATORIAS, ENHORÁBUENAS,
BRINDIS, INVITACIONES, ETC., ETC.

por

DIEGO DE MARCILLA



PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA

Biblioteca Corazón

Interesantes novelas de amor y emoción.
Preciosa portada en tricromía e ilustraciones
interiores. ¡Interesa! ¡Apasiona! ¡Intriga!

- 1 *Vivir para amar*, por Joachim Renez.
- 2 *Por allí pasó el amor*, por P. de Clement.
- 3 *La hija comprada*, por Gérard Dartis.
- 4 *Por el amor de Maud*, por René-Jean Tracy.
- 5 *Flor de Boulevard*, por Joachim Renez.
- 6 *Bajo el sol de Costa Azul*, por Marcela R. Noll.
- 7 *Lucha de amor*, por P. de Clement.
- 8 *El enigma de una voz lejana*, por Marcela R. Noll.
- 9 *El secreto de Villafeliz*, por René-Jean Tracy.
- 10 *En el umbral de la dicha*, por M. R. Noll.
- 11 *Perdón de amor*, por Guy Vander.
- 12 *Ocaso de amor*, por P. de Clement.
- 13 *La vuelta al nido*, por P. de Clement.
- 14 *La mala pasión*, por Joachim Renez.
- 15 *La dulce prometida*, por Roberto Navailles.
- 16 *Unalusión y un amor*, por Marcela R. Noll.
- 17 *El amor que vuelve*, por G. Vincennes.
- 18 *Ángel de maldad*, por Marcela R. Noll.
- 19 *El misterio de la amazona*, por G. de Resse.
- 20 *Cuando el alma despierta*, por Roberto Navailles.

Precio de cada tomo: 30 céntimos